fo de México, es una cuestión de enorme relevancia internacional.

El otro aspecto importante a resaltar es que Pemex tiene muy poca presencia internacional. Salvo la red de comercialización de PMI, la posición accionaria en Repsol, y la asociación con Shell para operar la refinería de Deer Park en Texas, tiene mucho menos presencia de negocios en el mundo que PDVSA, Petrobras, Statoil u otras. No se trata de efectuar inversiones cuantiosas, sino de articular negocios internacionales con base en la solidez, la experiencia técnica y el prestigio de Pemex. Por último, está el tema de la investigación y el desarrollo. No hay país que logre un alto nivel de desarrollo económico si no cuenta con una base académica sólida. México cuenta con instituciones como el Instituto Mexicano del Petróleo, el Instituto de Investigaciones Eléctricas, el ININ, institutos y centros de estudios de excelencia académica en la UNAM y el IPN. Es fundamental que Pemex vuelva a ser un detonador de la investigación y el desarrollo tecnológico en México. Lo mismo sucede con el desarrollo de proveedores nacionales, así como de prestadores de servicios mexicanos. En suma, debemos efectuar una discusión para que el sector energético mexicano vuelva a ser uno de los motores del desarrollo equitativo y sustentable que demanda la nación.

Indigestado(¿s?)

EDMUNDO BERUMEN

Con el tiempo, nuestro organismo inicia un proceso de rebelión contra los excesos del pasado y reacciona contra los impulsos desinhibidos de las papilas gustativas exhibiendo distintos grados de indigestión. Al ignorar estos avisos tempranos, la intensidad y frecuencia de éstos aumenta como un mecanismo de defensa y último recurso para advertirnos que algo grave está pasando, y que si no ajustamos nuestros hábitos y costumbres para iniciar un régimen más selectivo y cuidadoso en lo que consumimos la indigestión será lo de menos, una simple antesala a cosas peores.

Estoy indigestado (¿estamos?). Y los excesos del pasado y presente son el origen de esta sensación.

Pero no padezco, aún, la que proviene de las traviesas papilas gustativas. La indigestión que padezco es mucho más grave; se debe a los excesos en el consumo irrestricto sin análisis siquiera superficial de datos, textos, exposiciones, imágenes fijas, audios, videos, discusiones propias y de otros, sobre el "acontecer" noticioso local, nacional, global.

El menú es amplio y se antoja: radio, televisión, diarios, revistas, "avisos" por celular, internet, la charla ocasional... de todo pruebo un poco, pocas veces con lentitud y deleite, muchas degluto todo sin masticación alguna. Igual al conductor que se sublima al escucharse en soliloquios sin fin dejando silente al interlocutor convocado en el otro extremo de la línea o sentado al lado, al analista "yoyo" que no deja de citarse recordándonos reiteradamente que ya lo había advertido desde tal o cual fecha, a la acalorada mesa de voces familiares de desconocidos personajes que lanzan al unísono verdadera metralla de verborrea ininteligible, a la cápsula inesperada que interrumpe la transmisión regular para, en tiempo real, difundir algo que algún productor/directivo juzgó imprescindible sacarlo al aire, a la tertulia acostumbrada entre amigos o vecinos de oficina que recitan como propias paráfrasis del consumo informativo reciente.

Con frecuencia se hacen afirmaciones que quedan como retos que nadie recoge por apatía o cansancio, y sobreviven como verdades inequívocas en tanto no lleguen otras que afirmen lo contrario y reciban la misma aceptación callada.

Otras conllevan una carga emocional tal que, en cuanto se eructan todos tienen alguna vaguedad, opinión o precisión que expresar, siempre con gran enjundia, siempre sin llegar a discusiones serias ni conclusión alguna.

Infelizmente, entremezcladas con todo lo anterior pasan desapercibidas y se pierden valiosas perlas de información clara, sencilla, objetiva, sin adjetivos; o subjetivas, bien sustentadas y convincentes, que el estiércol que las rodea acarrea al drenaje común, no sin antes provocar los retortijones propios de la indigestión.

¿Temática? Toda: sabrosos chismes de "famosos" por sus tropelías, excesos, abusos, filantropías, aportaciones, belleza, intelecto, dones, admisión reciente a alguno de los grupos privilegiados o caídos en desgracia y corridos del edén; tragedias "naturales" donde claro, "el hombre" nada tuvo que ver; hidras políticas que asoman algunas de sus muchas cabezas amenazantes y venenosas envueltas en melosas consignas; disfraces de cúpulas de poder sin poder alguno que acatan órdenes de origen misterioso, o poder real encubierto en almíbar; urgencias inaplazables de reformas que vienen aplazándose lustros, sexenios, décadas, juzgadas indispensables por un país que milagrosamente sobrevive sin ellas; extremos que se polarizan aún más, disparidades que se agudizan; desplegados a favor de algo juzgado valioso por los firmantes (algunos conocidos con los que con frecuencia coincido), desplegados en contra de algo juzgado nocivo por los firmantes (algunos conocidos con lo que con frecuencia coincido); acciones inflamatorias que nos acercan al borde de precipicios sin fin con remembranzas del "Je suis le Roi, le Roi c'est la Loi et la Loi c'est moi"; inacciones de actores involucrados que en contemplación estática callan o en el mejor de los casos chistan "y yo por qué"; lúcidos llamados a la mesura y discusión propositiva que se pierden en el estruendo de todo lo anterior.

Nada que no se mida en la nada seguirá. Opinión sin datos en opinión quedará. Datos que no provoquen opinión pasarán sin valor.

Y toda una industria, oficial, oficiosa, privada, social; desde dentro, desde fuera, mide. Mide a lontananza tomando perspectiva y mide con microscopio hurgando escondrijos. Mide cada vez más, más facetas de un tema, más temas: unos con rigurosa periodicidad, otros de caprichosa coyuntura.

Surgen sastres por doquier y con las mediciones configuran prendas para todo gusto y ocasión. Las mismas medidas sirven a todos, el ingenio y creatividad de cada sastre son su única limitación. Hay quienes las confeccionan a granel para consumo masivo, hay quienes las hacen bajo pedido específico del cliente. "¡Qué bien le queda, claro, la percha cuenta, pero es la prenda más adecuada para la ocasión, se lucirá usted!"

Los malestares de la indigestión se agudizan; con cada avalancha de cifras banales se pierden las valiosas: ya de la economía, ya de pobreza, de salud, de corrupción, de transparencia, de inseguridad, de educación, de inequidad.

Largas series se dibujan con colores llamativos que, a su vez, portan información, incluyen ya la última valoración de funcionarios del más alto nivel y la pléyade de suspirantes a sustituirlos apenas iniciada la gestión de éstos.

La redundancia se hace presente, arguye su relevancia, ¿acaso no tenemos dos ojos, dos oídos, dos manos, dos piernas? ¡Que se mida lo mismo, más de una vez, con métricas y ejecutantes distintos! La convergencia cercana al mismo resultado dará certidumbre al mismo.

El escenario está puesto, la coreografía en su lugar, las pistas de la trama con el nivel de suspenso adecuado y el desenlace esperado con tranquilidad por algunos, con ansiedad por otros, y con apatía o desinterés por el resto. (La indigestión sonríe.)

Cuando la argüída convergencia se da, muchos celebran con algarabía, otros la aceptan a regañadientes, sin faltar algún tozudo que arguye en contra, acusa fallas metodológicas, intereses particulares, o simple y llanamente grita ¡fraude!

Cuando la convergencia no se da, y con frecuencia significativa ocurre, el fuego cruzado se intensifica, crecen las bajas y daños colaterales.

Asombrados atestiguamos cómo la belleza de la sencillez de la aritmética de contar se convierte en farsa y sátira.

Los adictos al *zapping* nos engolosinamos: oímos, leemos o vemos a unos, luego a otros, luego a aquéllos, regresamos con los primeros, de vuelta a los últimos... En la vorágine perdemos el hilo de la madeja, nuestra madeja, y como veletas a la deriva coincidimos primero con unos, luego con los

otros, luego con todos, luego con ninguno, y vuelta a empezar.

Gastritis y cólicos mentales se acompañan de migrañas y alucinaciones. Escuchamos voces familiares y extrañas a la vez gritando órdenes al vacío: ¡fuera los nacos, que los encierren!; ¡ricos corruptos, que les quiten todo!; ¡seudo intelectuales vedettes, que les den un baño de pueblo en carpas de divas!; ¡políticos de chatarra, que los manden a su casa!; ¡medios vendidos, que los cierren!; ¡testaferros, que los exhiban en plaza pública!; ¡gobierno inepto, que lo quiten!; ¡mexicanos de...

Estoy indigestado (¿estamos?).

Remedio casero: a la basura el consumo de lo cotidiano, a fin de cuentas nada cambia, y si cambia es para permanecer igual. Debo regresar a los viejos clásicos, a la historia, entre más lejana mejor, al reposo de la ficción, de la novela, de la poesía.

¡Alto, irresponsable! El país no aguanta más. Es tu país. No te desentiendas, también eres actor, actúa. Recupera tu equilibrio, la indigestión tiene cura. Vuelve a tus hábitos de cernir, identificar, separar, clasificar, desechar mucho, seleccionar poco, examinar, dialogar, cuestionar, escuchar, desechar más, conservar algo, consolidar lo acumulado y empezar nuevamente.

Epílogo. Amigos bondadosos con su tiempo reaccionan: "vete de monje trapense"; "sintoniza el Discovery Channel y tira el control"; mandan cuentos de gallegos juzgándome triste; "¡bien!, intenta dejar de ser un 'hombre de tu tiempo' para recuperar tu tiempo"; "eres uno de los responsables de que la basura prolifere"; "la historia sólo te recordará los mismos vicios y 'al mismo hombre, lobo del hombre', así que ¡ánimo, al mal tiempo buena cara!"